

Tiempo de utopías

## **Cotemporalidad y presentación**

Adrián Alonso Enguita

Las imágenes que vemos en las pantallas carecen de espacio, están sin estar; sin embargo, no son utopías.



Imagen que antes fue piedra (Fernando Morlanes)

Sin lugar y sin espacio, solo en tiempo. Es una escasez definitoria, pero apunta al núcleo. Vivimos en las pantallas y estas carecen de espacio. Sí, tienen interfaz, pero la interfaz no está en ningún lugar. —En mi pantalla— diréis. Y diréis bien. Pero, como pantalla de radar cualquiera, nada es y nada hay. O todo es y todo hay, que viene a ser lo mismo. Ahora hay una fotografía, ahora nada, o unas líneas, o un vídeo, o... en mi pantalla y en la tuya. ¿Dónde? En todos lugares. En ninguno. ¿Dónde? Tan solo en nuestra retina, tan solo ahí se retiene y habita. Y habita como tiempo, mas no como espacio pues no ocupa espacio.

Para admitir que la interfaz ofrece una realidad sin espacio hemos de admitir que lo que allí se muestra no está allí. Lo que se nos ofrece es tan solo una imagen de otra cosa. Una imagen. ¿Quién es el primero en hablar de las imágenes? De nuevo la pregunta hoy, la respuesta ayer. No nos movamos todavía: una imagen lo ha de ser de algo, un algo que no está en la interfaz. Digamos que la imagen representa otra cosa. Está por otra cosa. Pero reclama estar por sí misma. Es y no es. Representa y tiene entidad al mismo tiempo. Y, como imagen que está sin estar, difícilmente le podremos dar un lugar, un espacio... pero le podremos dar tiempo. Ahora sí, movámonos con Platón.

Es el ateniense el que en el *Teeteto*<sup>1</sup> dice que la imagen —*Eidolon*— es un 2º objeto parecido al real, pero que no es real. Se parece. Imita. Pero no es real. ¿Dónde está su límite? En

la identidad. La imagen de Crátilo no es Crátilo, tan solo es una imagen. Ahora bien, Platón inmediatamente apunta la cuestión clave: ¿esta imagen es representativa o engañosa? ¿Es una imagen justa o pura apariencia? ¿Dónde está la diferencia? Dos nuevos términos<sup>2</sup>: *Eikon*, que será la imagen que se asemeje a la realidad que representa; y *Phantasma*, que es la imagen que no lo hace. La razón está en la proporción: si la guarda habrá semejanza, si no la guarda será solo una imagen. Hasta aquí parece sencillo, pero Platón deja entrever una diferencia radical: mientras la realidad es perenne, la imagen es temporal.

## “ ¿Cuál es la materia de la interfaz digital? La luz. Tan solo la luz. ”

La imagen está en el tiempo, en el devenir, y por ello no es real, solo aparente copia, más afortunada o menos, pero copia. Es, sí, pero es tan solo una vez resulta degradada. La escultura es una imagen de un ideal y es, y dura, y tiene espacio, pero se sujeta al tiempo. El cuadro es una imagen de un ideal (y si no lo es será copia de copia, sombra de sombra) y es, y dura, y tiene espacio, pero también se sujeta al tiempo. La realidad no, al menos la de verdad.

La imagen, entonces, es siempre en segunda instancia, mejor o peor, más o menos proporcionada, pero siempre re-presentación. Y, si segui-

mos con Platón, la imagen tiene un espacio y un tiempo: la del material. Es ese mismo material, por ejemplo el mármol, el que le da su tiempo y su espacio. La imagen, por tanto, es en sí y es para otro. Su realidad es devaluada, pero es, y mientras tanto recuerda lo que no está. Es la presencia de la ausencia.

¿Cuál es la materia de la interfaz digital? La luz. Tan solo la luz. No hay mármol ni hay madera, no encontramos cerámica ni lienzo. Luz. Y la luz tiene su tiempo: el absoluto. Y la luz tiene su espacio: el cero. Es la imagen, pero es la imagen luz. Y esta imagen luz todo lo cambia. Tiempo lumínico. “En la interfaz de la pantalla —dice Virilio— todo es siempre ya allí, ofrecido a la vista en la inmediatez de una transmisión instantánea”<sup>3</sup>.

Todo dado a la vez, inmediatamente, a velocidad luz. Se pierde el presente, solo queda el instante. Es tiempo real, según Virilio. Es velocidad absoluta. Y al perderse el presente se pierden sus referencias, el pasado y el futuro, absurdos desde que abandonamos el orden que crea un antes y un después. Hemos perdido la línea temporal una vez que todo se da al mismo tiempo y por tanto simultáneamente; solo instantes. Ahora, en la coterporalidad de los instantes, se pierde también la re-presentación: solo nos queda la presentación. Es imagen, sí, pero no lo es de nada porque nada hay que la produzca, nada hay antes, no hay antes.

<sup>1</sup> *Teeteto*, 191d.

<sup>2</sup> *Sofista*, 236a.

<sup>3</sup> Paul Virilio, ‘La Ciudad Sobreexpuesta’, *Lugar a dudas*, 3 (2009); 8.